

VICIOS CAPITALES

La Caja de Pandora guardaba demonios. En la versión cristiana, vicios. Demonios y pecados han sido enumerados en listas que han cambiado de moral en moral y de época en época. Para el nuestra sociedad: Asmodeo o gula, Belcebú o lujuria, Belfegor o pereza, Leviatán o envidia, Mammon o avaricia, Lucifer o soberbia, y Amon o ira. Para los griegos fue Prometeo quien los soltó: el mismo que regaló al hombre el fuego, otros dicen que la tecnología, otros la palabra, que eran de los dioses. Santo Tomás los incorporó a la naturaleza humana que hay que domar, y el pecado no es ser, sino excederse hasta que el vicio nos domina. Antes de llamarles pecados, eran vicios malvados, opuestos a las virtudes de templanza, castidad, diligencia, caridad, generosidad, humildad y paciencia. Alguno sobra y otros faltan. Es fácil ser tolerante con la gula, la lujuria, la pereza, incluso en nuestra sociedad consumista y capitalista, con la envidia y la avaricia. No es lista cerrada, y personalmente añadiría como vicios: la ignorancia, el temor y la hipocresía. Ser intolerante con la ira no tiene mucho mérito, pero la soberbia queda ahí, descolgada, y entre los que la toleran y los que no, se estructura una división ideológica más definitoria que la etérea polaridad izquierda-derecha.

Cuando era niño tenía una pecera en la que iba añadiendo lo que pescaba en el mar. Ningún bicho comía, si antes no se restablecía el equilibrio territorial y jerárquico ante la aparición de un cangrejo, una gamba o un pez nuevo. En las relaciones entre personas, a menudo se presentan argumentos de territorialidad y jerarquía, al interactuar, antes se establece quien se siente superior respecto a otro en tal o cual circunstancia. Freud ya avanzó lo que las estadísticas demuestran: muchos más del 50% de los encuestados se considera a si mismo por encima de la media en cualquier cosa positiva y muchos menos, ante cualquier cosa negativa. La arrogancia de Lucifer precede al desprecio, a la condescendencia, por quien consigue que el otro acepte el argumento; o según sea tolerada, a la sumisión, el desprecio o incluso a la ira, si el otro no acepta.

Tener más dinero, mejor sueldo, más galones, más experiencia, más fuerza, más agilidad, ser más guapo, más alto, tener más títulos, más inteligencia, más sabiduría, más energía,... escupir y mear más lejos; son argumentos que se exponen en las relaciones interpersonales. Nos vestimos con un buen traje, paseamos en un buen coche, publicamos en Facebook las fotos del último viaje, nos hacemos "selfies" favorecidos,... vendemos a los demás lo mejor de nosotros. Estamos continuamente juzgando, valorando y comparando. Con los años, si no se lleva aprendido, se aprende que podemos ser más que otros en algunos aspectos, pero no en todos, puede que ni siquiera en la mayoría. Mentir es cansado, pues hay que ir construyendo la mentira y adaptándola: es más económico creerse la mentira y nos autoengañamos: somos mejores que la media.

Vicio es exceso. Lucifer necesita de la hipocresía, pues hay tantas y tantas circunstancias que comparar, que quien desprecia la ignorancia del inferior, igual no sabe que es más sabio o la tiene más larga. El soberbio excesivo asume el riesgo de resultar patético en su autoengaño al interactuar con otros, a menudo pretendiendo ocultar carencias de autoestima. A veces cuela y establece una relación jerárquica, pero el riesgo se realiza cuando no cuela y resulta para su interlocutor, desde patético hasta ofensivo: por chulo, perdonavidas, "sobrao", divo, sabelotodo, engreído, encantado de haberse conocido. Tópicos, que no típicos, pueden ser las actitudes de los suizos o los alemanes de vacaciones, los norteamericanos en Sudamérica, de los madrileños y barceloneses en provincias, los urbanitas en el pueblo, los nativos ante los inmigrantes, las guapas ante los feos,... si cuela, bien, pero si no cuela, caen mal y la interacción humana se condoniza.

Puede suceder que la relación luciferina sea consistente y de hecho haya una jerarquía justificada, de cantante a fan, de profesor a alumno, de jefe a empleado, de amo a esclavo,... pero incluso ahí, la interacción se restringe a la superioridad en una característica, no de persona a persona como conjunto. Un profesor puede saber más que un alumno, pero no tener tanto éxito con las alumnas. Los sabios son humildes, pues saben que los demás serán distintos, tal vez mejores, en otras características. El absurdo llega con la arrogancia estadística, el chauvinismo, esto es: la media de mi grupo social es ser más altos, más guapos, tener mejor salario, casas más caras, viajar más,... que el grupo social con quien interacciona... aunque como individuo sea bajito, feo, pringado, vago e inútil. Suena obvio, pero es ese exceso precisamente el vicio nacionalista. Tal vez ese negro, brillante y buena persona, sea acusado por un blanco gordo del KKK, de raza inferior. Tal vez ese cirujano andaluz sea acusado de vago y ladrón por un auxiliar administrativo con contrato precario, catalán. Tal vez el ingeniero emigrante moro, es acusado de sucio por el camionero español o francés.

La arrogancia chauvinista añadida a la hipocresía, suma al sentirse a la vez superior y víctima de los inferiores: los demás explotan mi superioridad, los pobres se aprovechan de mi riqueza, los feos se aprovechan de mi amistad para ligar,... Puede empeorar: en juegos de jerarquía, el soberbio siempre encontrará quien le pueda exponer y demostrar ser superior, y acudirá al recurso de la condescendencia. Soy británico y por ello, mejor que el españolito, pero visto que tienes dos carreras, conduces un coche mejor y eres mi jefe, te permito ser tratado como si fueras de los nuestros y aunque tengas un acento pésimo, eres gracioso. En su condición demoníaca, Lucifer es tóxico y ante propuestas de interacción arrogantes, hipócritas y condescendientes, la reacción es la indiferencia, el desprecio y espero no justificar nunca, la ira.

El argumentario neocarlista es que un grupo que eligió nacer y vivir en un territorio, no son tan patanes como los españolitos, pagan más impuestos que los demás, que son más democráticos que los demás, menos cutres, gañanes y zafios, por lo que se aprovechan y les roban,... y esperan que con tal arrogancia estadística, les comprendan el sentimiento de sentirse oprimidos por los cutres que de ellos se aprovechan; pero algunos pagan más impuestos, algunos son más listos, incluso se sienten mejores y se transforman en condescendientes con ellos. Insultar a tus clientes es malo para el negocio. En mi relación con el catalanista estadístico, que no con el individuo catalán, pues para su suerte de todo hay, se huele un permanente tufo condescendiente, me llaman hermano mallorquín, porque según sus argumentos estadísticos, yo sería jerárquicamente superior por tener mayor renta per cápita, más cosmopolitismo, menor retorno de la inversión, a pesar de que siguen sintiéndose, con argumentos estadísticos que utilizan cuando convienen, mejores. Si pago más y revierte en mí menos, es porque ingreso y tengo más ¿se aprovechan los inmigrantes que utilizan más a menudo el Centro de Atención Primaria que yo, por tener seguro privado? El chauvinismo se paga en su exceso con victimismo a veces con pena, con condescendencia a veces risa, con hipocresía a veces desprecio, con mezquindad a veces asco.